



JOSÉ M^a LAVARELLO.

Ainhoa tiene un secreto

por Patxi Zubizarreta

Mi abuela Paula tenía la cara reseca y llena de arrugas, igual que una cáscara de nuez; en cambio, sus ojos estaban siempre húmedos y parecían dos charcos azules.

De niña, solía llevarme a pasear con ella por el pueblo, y si nos encontrábamos con algún amigo de la escuela, yo le decía:

—Hola, ésta es mi abuela Paula, mi mejor amiga.

Quizá por eso, cuando sus ojos se cerraron para siempre, sentí una gran tristeza. Entonces fueron mis ojos los que se humedecieron, los míos y los de mi abuelo Tomás.

Desde que ella murió, mi abuelo apenas salía de casa, y cuando lo hacía era para acercarse al cementerio. Antes sí que había andado mucho, cuando era guardabosques. Entonces cuidaba los árboles y los animales del bosque de Irati: las ardillas, las truchas, las hayas, los robles... Sin embargo, desde que la abuela Paula nos dejó, siempre estaba abatido y triste, igual que el monte Orhi en los días de tormenta.

Un día quise acompañar al abuelo hasta el cementerio. Al principio refunfuñó un poco; quizá porque no quería que yo le viera llorar. Pero al final conseguí cogerle de la mano y que me dejara ir con él. Una vez allí, mientras el abuelo limpiaba el rincón de la abuela, vi cerca de la entrada unos enormes cuernos.

—¡Abuelo, creo que he visto un ciervo! —grité.

Y él, tras girar rápidamente la cabeza, me respondió:

—Sí, es Gorri. A veces suele bajar a visitarnos.

Llena de curiosidad, le pedí que me contara la historia de aquel ciervo. Entonces nos sentamos en un banco que estaba al sol, y allí comenzó su relato.

Sucedió durante un invierno muy crudo. Un joven ciervo, perdido, muerto de hambre y de frío, bajó solo hasta el pueblo. Mis abuelos solían pasar la época de nieves en el pueblo, y cuando les hablaron de aquel cervatillo, decidieron cuidarlo hasta que mejorara el tiempo. El abuelo me contó que los niños solían venir a verlo con hierba y hojas de abeto, y fueron ellos los que comenzaron a llamarle Gorri.

La primavera siguiente también estuvo llena de sorpresas. El cervatillo comenzó a acercarse al abuelo, y terminó acompañándole en todos sus paseos por el bosque: Gorri a la izquierda y el perro a la derecha, y éste enseguida comprendió que no debía morder al cervatillo. Y por las mañanas, cuando el abuelo salía a pasear, le silbaba o le llamaba por su nombre, y Gorri no tardaba en aparecer entre las hayas.

—Ese ciervo que acabas de ver, ya viejo como yo, no es otro que Gorri, y aunque me

gustaría mucho volver al bosque y pasear con él, ya no puede ser... —dijo al terminar, y tras colocar en el banco unas hojas de abeto para Gorri, nos fuimos a casa. Todavía no sabíamos que pronto íbamos a volver al bosque, y menos aún cómo lo haríamos.

A partir de entonces, cuando el abuelo venía a arroparme todas las noches, yo le pedía que me contara más historias de Gorri, y él añadía además otras de ladrones y contrabandistas. Pero una noche el abuelo vino más nervioso que de costumbre, como si ocultara algo.

—Ainhoa, creo que voy a poder volver a contemplar el Irati, y desde muy alto. ¿Te gustaría venir conmigo? —me preguntó sonriente.

Al principio yo no comprendí nada, pero enseguida me explicó lo que el nuevo guardabosques le había propuesto. Al parecer, habían comenzado a hacer vuelos de reconocimiento sobre el Irati, y habían invitado al abuelo a que les acompañara en estos viajes, pues él era quien mejor conocía los rincones del bosque. Por otra parte, le prometieron que yo podría acompañarle en el primer vuelo y eso nos llenó de alegría.

Transcurridas tres semanas, un *jeep* apareció ante la puerta de nuestra casa. Venían a recogerlos para nuestro primer

vuelo. Y cuando llegamos al Irati en una pequeña avioneta, el abuelo respondía con entusiasmo a las preguntas que le hacían, hablaba sin parar señalando aquel lugar y aquel otro, y lo que pasó en aquel collado y en aquel otro... Fue un vuelo increíble: volamos por encima del Orhi, vimos la casa donde habían vivido los abuelos, y también algunos ciervos saltando —¿Gorri tal vez?—, y el río, y el pantano...

Desde que el abuelo empezó a acompañar al nuevo guarda en sus vuelos, yo le veía más parlanchín e incluso con mejor aspecto. Y una noche que vino a arroparme, me confesó en voz baja: «¿Sabes, Ainhoa? Cuando vuelvo a contemplar el bosque desde la avioneta, me siento mucho mejor, y sobre todo, como si estuviera más cerca de la abuela». Y quizá por eso, al poco tiempo, mi madre vino a decirme que el abuelo se había quedado como un pajarito, y que después se había ido lejos, mucho más allá del Irati, junto a Paula, mi abuela y mi mejor amiga.

Hoy he ido yo sola al cementerio. Tenía muchas ganas de contarles a los dos mi secreto: «Cuando me haga mayor, yo también seré guardabosques del Irati». Y en ese momento se me han humedecido los ojos, y no he podido ver si por casualidad asomaban por allí los cuernos de algún ciervo.